



Que estamos endemoniados
dicen por ahí los curas.
Y, por eso, resignados,
al demonio consagrados,
pensamos hacer diabluras.

Año nuevo... vida vieja



Nadie es profeta en su patria, dice un refrán respetable; pero yo, que no respeto ni siquiera á los refranes, voy á meterme á profeta de los venideros males, aunque tengo de adivino lo que de listo el alcalde.

Verdad es que no es difícil prever las calamidades que le traerá el año nuevo á esta tierra. ¡Qué diantre! Anunciar aquí desgracias es una empresa tan fácil que puede hacerla cualquiera sin temor á equivocarse.

A ver, ¿qué gracia tendría que ahora yo vaticinase que en el año que comienza seguirán los concejales roban...—¡qué digo!—cogien... irregu... ¡No! ¡no!... ¡Carape!—haciendo esas cosas feas que nuestros ediles hacen?

Si digo que habrá ladrones que robarán hasta el aire,

¿no diré una cosa vieja que el menos despierto sabe?

Pues lo mismo que lo dicho fuera sencillo anunciarles que seguirá la Justicia tan severa y tan campante justificando rigurosa cuanto sea justificable, y habrá, como siempre ha habido, para la Prensa, fiscales; para los tontos, presidios, y para los pobres, cárceles.

Seguiremos á diario rozándonos en las calles con holgazanes de faldas, es decir, monjas y frailes cucos y capigorriones, que, haciendo *oficios de padres*, vivirán como unos reyes mientras los necios trabajen.

Los clérigos seguirán como hasta aquí, sin privarse de tener amas guapotas que por milagro innegable soltarán cada diez meses un nuevo sobrino al *pater*, y así se confirmará lo que todo el mundo sabe: que ser clérigo y ser *tío* son cosas inseparables.

Como siempre, empollarán nuestras Universidades los sabios de dos en dos, los tontos á centenares, los sandios en pelotones y los burros á millares.

Nadie dará una peseta para que puedan crearse Institutos para obreros, bibliotecas y hospitales. Pero, en cambio, lloverán millones de todas partes para fabricar conventos y fomentar lupanares. (Si á alguien le extraña que dé ambas cosas como iguales, sepárelas, si es que puede, en la forma que le cuadre; yo estoy de prisa y no puedo meterme en esos detalles.)

Los casados seguirán queriendo que los descasen, mientras harán los solteros mil locuras por casarse.

El que pretenda por méritos, pretenderá el pobre en balde, al paso que logrará por *buen conducto* y á escape el que tenga mujer guapa, coíma ó hermana alienables.

Como en los años pasados, y en los que vendrán más tarde,



en mil novecientos seis andarán, por nuestros males, el dinero por las nubes, la honra por los albañales, el descoco por arrobos, la vergüenza por adarmes; mas, como siempre también, quien ofenda á un miserable se expondrá á que el ofendido le rete al campo y le mate, pues ahora, como en los tiempos de Bartrina, es lo elegante que busque *un lance de honor* quien tiene un honor de lance.

Aun me quedan vaticinios, mas callo por no cansarles repitiendo lo que todos por larga experiencia saben, pues, como dije al principio, cualquiera aquí puede darse el gusto de ser profeta, á pesar de los refranes.

LUIS JULIAN ECHEGARAY.





Aunque viva sentado junto al brasero,
las nieves y los hielos propios de ahora

me ponen de tal modo, que yo, en Enero,
á Nieves me dedico, que es mi señora.

LARVAS

Terminaba el día.
Un día nublado, triste de Noviembre.
La tierra encharcada y el cielo sucio, manchado por nubarrones plumizos que corrían derramando heladas gotas de lluvia.

Día de esos en que los que no tienen hogar tiemblan esperando la noche.

Yo caminaba por la carretera con más frío en el alma que en el cuerpo.

No muy lejos empezaban á brillar algunas luces. Un pueblo.

Pero, ¿qué me importaba?

El campo da asilo: la roca que resguarda del viento, la cueva que libra de la lluvia; en el pueblo, no; en el pueblo se cierran todas las puertas, como están cerrados todos los corazones.

No valía la pena de cansarse en llegar.

A un lado del camino había un grupo de árboles sin hojas, como muertos, esperando llorosos la llegada del soplo de la primavera; por entre ellos corría un arroyo turbio y quejumbroso.

Me rendía el cansancio y allí fui á sentarme, en-

tre aquellos esqueletos y al lado de aquel hilo de agua que parecía formado por lágrimas.

Sentéme en el pedazo de suelo que encontré menos mojado, y hubiera dormido si la humedad y el frío me hubieran dejado, cuando oí un suspiro.

La noche había cerrado por completo.

—¿Quién anda por aquí?—pregunté.

La contestacion fué otro suspiro.

Busqué, y tropecé al fin con un bulto.

Era una mujer.

El frío la había paralizado.

La abrigué con mi propio cuerpo, la estreché contra mi seno y procuré comunicarle el poco calor que á mí me quedaba.

Y en mí y en ella, vencíendolo todo, el contacto despertó á la bestia y acaso sobre aquel suelo mojado, bajo aquel cielo negro y entre aquellos esqueletos de árboles, sopló la vida y tuvo origen un sér

En vez de un himno de creacion y de fecundidad, la Naturaleza lloraba y los creadores, ella y yo, maldecíamos.

J. AMBROSIO PEREZ.

EL AMOR EN EL CAMPO

LA BOLSA AJENA

Un teniente de artillería que vive en el segundo piso de mi casa, me contó el otro día un bonito su-

ceso en el que tomó parte importantísima su persona; y como estos sucesos, tejidos, complicados y solucionados por el amor son siempre dignos de conocerse, se lo narraré á ustedes y así servirá su divulgacion para aportar un nuevo documento al novísimo estudio sobre la mujer, en el que todo el mundo masculino está colaborando siglos há.

Hace una semana salió el teniente de maniobras y, tras de un día de incesante trotar y una noche de profundo sueño, encontróse el hombre tan fresco, tan audaz y sediento de aventuras, que casi no se reconoció.

Bajó al jardín, y á los pocos pasos se encontró á Genoveva, la hija del rico labrador en cuya casa se había alojado. Iba vestida con una falda corta, quizás estudiadamente corta, y un corpiño escotado que dejaba al descubierto su bonita garganta y sus hombros. Sus ojos tenían una dulce expresion de sensualidad, la nariz era recta, la boca pequeña y encarnada, la barba voluntariosa, y todo esto y una arruga precoz que cruzaba sus sienas denunciaban la existencia de un espíritu ardiente, atrevido, voluptuoso.

Durante media hora larga derrochó el oficial todos sus más finos cumplimientos, asediando á la niña con miradas elocuentes y suspiros llenos de ternura. Genoveva se puso encarnada y parecía regocijarse de llamar la atencion de un hombre tan guapo y tan seductoramente vestido como nuestro artillero; pero cuando la distancia se acortó lo suficiente para dar ocasion á la franqueza, sentóse en una silla y enjaretó al oficial el siguiente discurso:

—Mire usted, caballero, yo no soy ninguna criatura, y por mucho que me entusiasme la bondad de una cosa no dejo de reflexionar acerca de sus defectos. Tengo diecinueve años y sé todo lo que debo saber, entre ello que ustedes, los militares, cuando van de maniobras gustan de enamorar á las doncellas y de olvidarlas de etapa e n etapa

Comidas de Pascua



Dos pavos.

Don Gaspar, don Melchor y don Balfasar

BRU
NET



El alcalde te tritura,
el cura te hace la pascua,

el médico te revienta...
¿qué más cosas te hacen falta?

Comidas de Pascua



Una ostra

Claro está que debe haber horas de amor, tan breves como inolvidables, á cambio de las cuales bien vale la pena de llorar luego por el ingrato que nos las proporcionó; pero también tiene esto sus inconvenientes, pues así como el que no probó nunca una fruta agradable ignora cómo sabe y vive sin desearla, el que la gustó siquiera una sola vez se aficiona á su dulce frescura y no sabe estarse sin ella. Por consiguiente, dispéñseme usted que me limite á agradecer la admiración que siente por mí. Hoy prefiero seguir ignorando hasta qué punto es dulce la fruta del amor... Esperaré á gustarla cuando tenga asegurado un buen plantío que me dé abundante cosecha. Repito á usted que será muy agradable un día de cariño, pero no por eso deja de ser un día solo... Y como no quiero que me guarde usted rencor, y para que vea que este modo de pensar no excluye á la compasión, prometo enviarle un recuerdo mío.

Y, ofreciéndole un beso con los dedos, dió un salto y desapareció.

Poco despues entraba en el aposento del oficial una de las criadas de la incomparable niña. Su vestido, entreabierto hasta más abajo de la garganta, mostraba el nacimiento de su pecho apetitoso, con la belleza espléndida del fruto madurado por el sol. Acercóse al oficial, sonrióle entre maliciosa é ingenua, y, sin resistirse, como si el alma le pidiese desde hace tiempo aquella expansion, le ofreció su boca, roja y cálida como una fresa silvestre.

EL DILUVIO

Por la tarde, al disponerse á partir el oficial, saludóle Genoveva con esta pregunta:

—¿Recibió usted mi recuerdo?

—Sí, señorita

—¿Y qué le pareció?

—Lo que un vaso de agua despues de varias horas de sed.

Desde luego me figuré que le haría ese efecto.

Ya veo, hija mía, que tiene usted un corazón generoso. ¡Lástima que le guste hacer limosnas con la bolsa ajena!

J. MENENDEZ AGUSTY.

LOS SANTOS

(CUENTO)

—Muy bien—dijo el Señor—; yo sé que todos en el mundo cumplisteis como buenos y en concepto de santos

habeis venido á reclamar el puesto al que al dejar la tierra pecadora os juzgais con derecho.

Yo no puedo dudar de los informes que de vosotros tengo,

porque han venido á mí por buen conducto é infalibles los creo.

Pero antes de sentaros á mi diestra, que es vuestro único anhelo,

y por el cual luchasteis en el mundo

predicando la Fe y el Evangelio, quiero saber á fondo vuestra historia para quedar del todo satisfecho.

—Nos podeis preguntar—dijeron todos—,

que á contestaros nos hallamos prestos como siervos sumisos.

—Muy bien. Pues comencemos.

¿Habeis amado á Dios?

—Con alma y vida.

lo hemos amado siempre.

—Os lo agradezco

de todo corazón, y ahora, en su vista, pasemos al segundo mandamiento.

¿Habeis jurado en vano su santo nombre?

—¡Nunca!

—Lo celebro

porque un pecado así prohibiría vuestra entrada en el cielo.

Prosigamos entonces el examen, que hasta ahora va muy bien. Manda el tercero santificar las fiestas. Yo supongo

que habeis cumplido todos tal precepto como manda la Iglesia.

—Exactamente

como la Iglesia manda.

—Así lo creo.

Sigamos adelante. ¿Habeis honrado todos á vuestros padres?

—Desde luego

os podemos jurar, Señor, que todos hemos sido en el mundo hijos modelos.

—El quinto, no matar. ¿Habeis matado ó tenido intención?

—¡Jamás!

—Bien hecho

porque eso de matar únicamente corresponde al que rige el Universo.

Cuando el Eterno iba á seguir preguntando, entró San Pedro y le dijo:—Señor, ahí fuera aguarda un nuevo santo que desea veros.

—Pues le dices que es tarde para ser recibido, y que no puedo

Todos somos hermanos...



Segun tengo entendido y segun creo,
eso afirmaba Cristo;

pero nunca lo he visto,
y, lo que es peor de todo; no lo veo.

LOS MAG DE HOY



EL REY DEL PODER

EL REY DE LA FUERZA

EL REY DE LA PACIENCIA

Capital y bonete — marchan delante — y el que siempre — se muere de hambre

entretenerme ahora porque no estoy para perder el tiempo.
—Dice que si ha llegado con retraso no ha sido culpa suya...

—Que entre; pero si viene alguno más, dile, Perico, que se puede largar con viento fresco.

Y luego, dirigiéndose á los santos, les dijo:—Continuemos, para llevar cuanto antes esta investigación á feliz término. Conque ¿en qué mandamiento hemos quedado? Y todos contestaron:

—¡En el séptimo!

MANUEL SORIANO.

LOS ZAPATOS DEL OBISPO

CUENTO DE REYES

I.

Don Iñigo Villacastin, conde de los Adarves, obispo titular de Damasco, señor feudal de hórca y cuchillo, dueño de veinte villas, etc., vivía solo en su castillo sin más compañía que dos pajes, un mayordomo y dos docenas de soldados que hacían la guardia en las almenas y en el rastrillo.

Ya era viejo y los tributos y alcabalas de sus vastos dominios, cobrados á veces á punta de espada, no saciaban la sed inextinguible de oro que abrasaba su corazón. Cuando, apoyado en su baston, recorría el valle ó rondaba las murallas de su castillo, los hombres huían su encuentro, las mujeres se sanguiaban, las doncellas se refugiaban en sus casas y los niños lloraban de espanto. Los villanos y peche-

ros aseguraban que el obispo tenía comunicacion con el diablo y que en las sombras de la noche robaban vírgenes y niños, convirtiendo su sangre, mediante una alquimia infernal, en granates y rubíes que se amontonaban en los subterráneos del castillo.

Esto es lo que el vulgo aseguraba; pero la verdad era que don Iñigo descendía todas las noches por angosta escalera de piedra hasta el fondo de la torre del homenaje, y allí, en sombría cámara tapizada de hierro, hundía sus manos temblorosas dentro de enormes cofres de nogal repletos de oro, joyas y piedras preciosas.

II.

Era el 5 de Enero de 1430.

Un viento glacial pasaba silbando entre las encinas y olivos; gruesos copos de nieve comenzaban á tapizar el suelo de blanco; el cielo gris desaparecía bajo negros nubarrones. Por la cuestecilla que bordeaba el riachuelo del molino subía jadeante don Iñigo en busca del vado, y ocultando entre los pliegues de su ropón el tributo que venía de cobrar personalmente á sus vasallos de Ortiga. A lo lejos aparecía la parda mancha del castillo, en cuyas almenas asomaban las afiladas alabardas.

Al llegar al vado vió que la corriente, engrosada por la nieve y la lluvia, había arrastrado el tablancillo que servía de puente; las sombras se espesaban cada vez más. Don Iñigo rugió indignado.

—Salud, ilustre conde y prelado—gruñó una voz cascada en la orilla opuesta.

—¿Quién eres?

—Un viejo mendigo que os pide un socorro.

—No tengo nada.

—Entonces, adios.

—Espera; como señor que soy de todos estos contornos te mando que me pases sobre tus hombros á la otra orilla.

—Soy vasallo del marqués de Alojjo y no tengo obligación de obedeceros.

—Te daré un pan cuando lleguemos al castillo.

—Quizás me colgaríais de una almena...

—¡Miserable!

—Dadme el tributo que acabais de cobrar y que ocultais bajo el ropón.

—¿Quién te ha dicho?... No, esto es un tesoro, pasa de mil doblas.

—Bien; otro trato. Esta noche es víspera de Reyes y todos los niños ponen sus zapatos en las chimeneas, esperando el regalo de los santos monarcas. Dadme todo el cobre que puedan contener los zapatos de mis nietos: yo os los pondré en la ventana de vuestra cámara.

—Acepto.

El viejo cruzó el riachuelo, cogió al obispo don Iñigo como si fuera una pluma, y lo trasladó á la otra orilla.

—¡Hasta la noche, monseñor!

Don Iñigo llegó al rastrillo y encargó á los centinelas que no lo bajasen en toda la noche, ni dejarán entrar á nadie.

III.

Aún no se habían extinguido los agudos ecos del clarín con que el vigía de la torre había señalado

Comidas de Pascua



Una almeja

las doce de la noche, cuando un golpe seco, dado en la celosía de la ventana de la cámara de don Inigo, le hizo despertar sobresaltado.

Al mismo tiempo oyóse una voz cascada que dijo:

—¡Cumple lo ofrecido!

El obispo abrió la ventana y vió un enorme monton de zapatos viejos de todas formas, épocas y hechuras. Aterrado hizo levantar á sus pajes y les mandó llenar de monedas de cobre aquellos zapatos.

La tarea no se acababa nunca; cuando un zapato estaba lleno desaparecía y era reemplazado por otro. Don Inigo, febril, espantado, volcó en la cámara todos sus cofres repletos de cobre. Los pajes estaban rendidos; hubo que llamar al mayordomo y á los centinelas para que les ayudasen á llenar zapatos de monedas. De pronto, por la vasta chimenea del salon feudal comenzó á caer una verdadera lluvia de zapatos que se desparramó por el salon, llenó las cámaras, cubrió las escaleras, inundó los patios y llegó hasta los fosos. Don Inigo hizo sacar los tesoros que tenía ocultos en la torre del homenaje, pero fueron una gota de agua en el desierto. Quedaban miles y miles de zapatos por llenar.

—¡Ya no tengo más! ¿Quién eras tú, viejo mendigo?

Por la chimenea bajó una voz que dijo:

—Era la *miseria*, madre del hambre, y mis nietos son los pobres que tú aumentabas sin cesar con tu avaricia.

Don Inigo cayó muerto sobre los montones de zapatos.

IV

La fama asegura que los señores feudales que sucedieron en el señorío al avaro obispo fueron benignos y bondadosos con sus vasallos y que cuando alguno exigía los tributos con dureza, para hacerle respetar al pobre bastaba decirle: "*Acordaos de los zapatos del obispo.*"

FRAY GERUNDIO.

RECIPÉ

—Sí, doctor; le llamo á usted porque hace ya dos semanas que no sé cómo he perdido las ganas de un modo tan especial que si á la mesa me siento me repugna el alimento y todo me sabe mal. Ni la carne muy asada, ni el pescado, ni la leche, ni verdura en ensalada... en fin ¡nada consigo que me aproveche! Yo no sé



—Con estos *jolgorios* se gana la mar, — pero .. no val á badar.

si es que en esto influye y pesa el verme sola en la mesa desde el día en que enviudé. Pues ¿y dormir? ¡Imposible! Una pesadilla horrible me impide, en total, que duerma, lo cual me hace suponer que acabaré por caer verdaderamente enferma.

Y esto ya le juro que al cielo clama: no sé si también será por verme sola en la cama. Si usted querido doctor, no cuida de mi salud y hace que mi juventud vaya agostándose en flor;

si no me pone usted fuerte en un mes, y saludable, voy a hacerle responsable de mi muerte.

¿Qué me responde usted ahora?

—En mi concepto, señora, la medicina mejor que le puedo recetar para calmar su dolor es... ¡que se vuelva a casar!

—¡Ay doctor! Pues si ese es, según usted, el remedio de más fe...

—Lo creo como lo digo.

—Entonces, doctor... ¿por qué no se casa usted conmigo?

—¡Señora, por compasión!

Ya basta con recetar, sin que nos pueda obligar a tanto la profesión. No hay médico tan valiente que si receta quinina se tome la medicina que le recetó al paciente. Cuando más, en previsión de que haya cualquier desgracia por una equivocación que tuviese la farmacia con el más noble interés, pero con bastante tiento, lo que hacemos todos es... ¡probar el medicamento!

EL DOCTOR CENTENO.



Reyes. La fiesta de las cortes. Lucen las damas sus encajes y sus galas, su cabellera, propia ó añudida,

Comidas de Pascua



Dos gansos

de tinte natural ó repintada, sus mejillas carmíneas, en que atento el bermellón arrugas mil guardara, sus dientes, que bien pueden ser postizos, sus curvas, que bien pueden ser prestadas, sus piés chiquitos porque aprisionados van por zapatos y, pacientes, callan... y rasos y damascos y puntillas y plumas, terciopelos, ricas gasas cubren sus cuerpecillos oprimidos por crueles corsés... Sí, son las damas de la más alta alcurnia, las señoras, las más encoquetadas.

Allá van ellos. Vedlos. Son los grandes, los nobles, descendientes de las ramas de los bravos guerreros que ganaron en cien combates y en dos mil batallas, haciendo el ganso y reventando hombres, de la victoria la sagrada palma.

Aquéllos eran recios y fornidos, brutos cuya razón era la espada, animales cargados de bravura... Estos tienen raquílica la estampa; débiles de alma y cuerpo, son espectros que, fatigados, doblan sus espaldas al peso de medallas, cruces, cintas, armas que no se estrenan, ricas bandas; fáltanles fuerzas para andar derechos, porque su juventud murió temprana ante vicios horribles que apuraron su médula, ya débil y apagada porque engendrada fué por contubernios que asquean y repugnan y dan náuseas; sí, miradlos: son ellos, los magnates, los descendientes de las grandes casas.

¡Cuándo llegará el día!
¡Cuándo la turba, en que hay calor y alma,
y vida y energías y entusiasmos,
ideas y esperanzas,
celebrará su fiesta, la de reyes,
una fiesta brillante, pero... cara!

El señor Silvela dijo en el Congreso que el nombramiento de Montero Ríos para presidir la Conferencia de Algeciras "era una desgracia nacional," y Moret le contestó que Montero representaba "el máximo de fuerza, ilustración y conocimiento que nosotros podíamos enviar á Algeciras."

Ahora sí que viene de perlas aquella frase: ¡Qué dirán las naciones extranjeras!

Los palaciegos y aristócratas andan muy preocupados porque para asistir al baile de gala en Palacio, con motivo de la boda de la infanta, se les exige llevar calzon corto.

De esto han sido exceptuados los senadores, pues se considera indiscreto que luzcan las pantorrillas. No sabemos por qué; hartos estamos de ver senadores al desnudo, que todavía es peor.



La herencia de 1905

Comidas de Pascua



Ostras de pobre.

Las señoras que asistieron al baile de la duquesa de Bailén se han quejado al *Diario Universal* porque las llamó "ola de carne hermosa".

Si el cronista hubiera empleado otro calificativo más breve, puede ser que hasta se lo hubieran agradecido.

Supongo que en el año que empieza ahora habrán entrado todos nuestros lectores con buen humor, pesetas, mucha alegría y ganas de ser ricos y andar en coche. Yo formal aseguro que á todos ellos les deseo felices los doce meses, que hagan buenos negocios, que gocen mucho y que estén muy contentos hasta Diciembre. Entonces será tiempo de nuevos votos para pedir al cielo nos haga caso y también nos dé dichas y bienandanzas en el corto transcurso del otro año. Yo soy así; querría que á los amigos y á los que no conozco y á los que me odian

les hiciera la suerte siempre felices y que de pena nunca tuvieran sombra. Ahora bien; en secreto he de deciros que si es que la desgracia ha de hacer presa en alguna persona de estos contornos, en alguno que viva por estas tierras, prefiero una y mil veces que sean otros los que pasen apuros, los infelices; que yo viva dichoso antes que nadie y los demás ¡qué cuerno! pues... ¡que se chinchien!

En los primeros días de este mes verá la luz pública un periódico que ha de ser el órgano del exedil señor Mir y Miró.

Hé aquí el sumario:

Desde el estadio de la Prensa. — La gran cuestión social rusa, por S. Valentí Camp. — Pequeñeces de un partido, por Narciso Buxó. — El problema republicano, por Simon Cascante. — El problema de la vida, por J. A. Mir y Miró. — Varsovia (estudio crítico), por J. Marial. — Notas científicas, por el licenciado Palau. — La Conferencia de Algeciras, por C. Ventalló. — Grabados: Retratos de don Manuel Ruiz Zorrilla y del señor Guiamet.

Ese periódico se titulará *El Porvenir*. Sí, pero es lástima que el porvenir ya no esté en el Ayuntamiento.

Todo el mundo se pregunta qué hace ó qué piensa hacer el terrible ciudadano Lerroux.

¿Hacer? ¿Es que, por ventura, cuando uno es diputado debe preocuparse de todas las demás cosas sublunares?

Los electores son los que han de prepararse á hacer algo.

A votar, si se les llama nuevamente á las urnas.



Charada con premio de libros

(De Segundo Toque.)

DEDICADA Á FRANCISCO MASJUAN PRATS

Cuarta tres dos cuarta
todo una dos tres,
lo que resultare
se verá despues.

PROBLEMA ALGEBRAICO

(De Francisco Masjuan Prats)

Con las veintiocho letras del abecedario, tomadas una á una, dos á dos, tres á tres... hasta tomarlas todas ¿cuántas voces se podrían formar suponiendo que todas fueran expresivas de alguna idea?

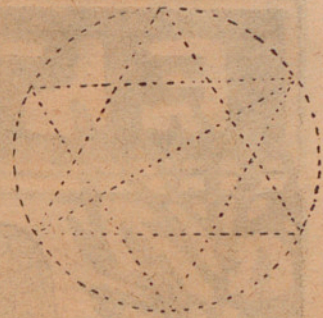
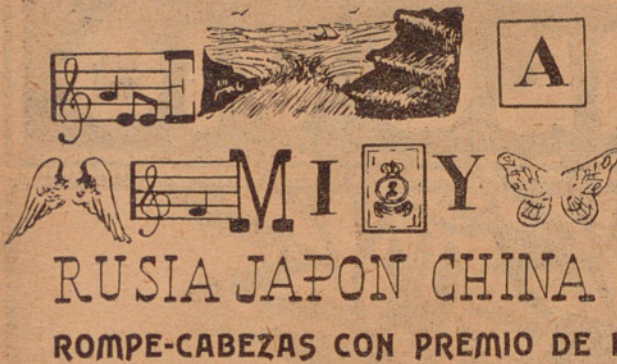
CHARADA RÁPIDA

(De F. Pineda Roca)

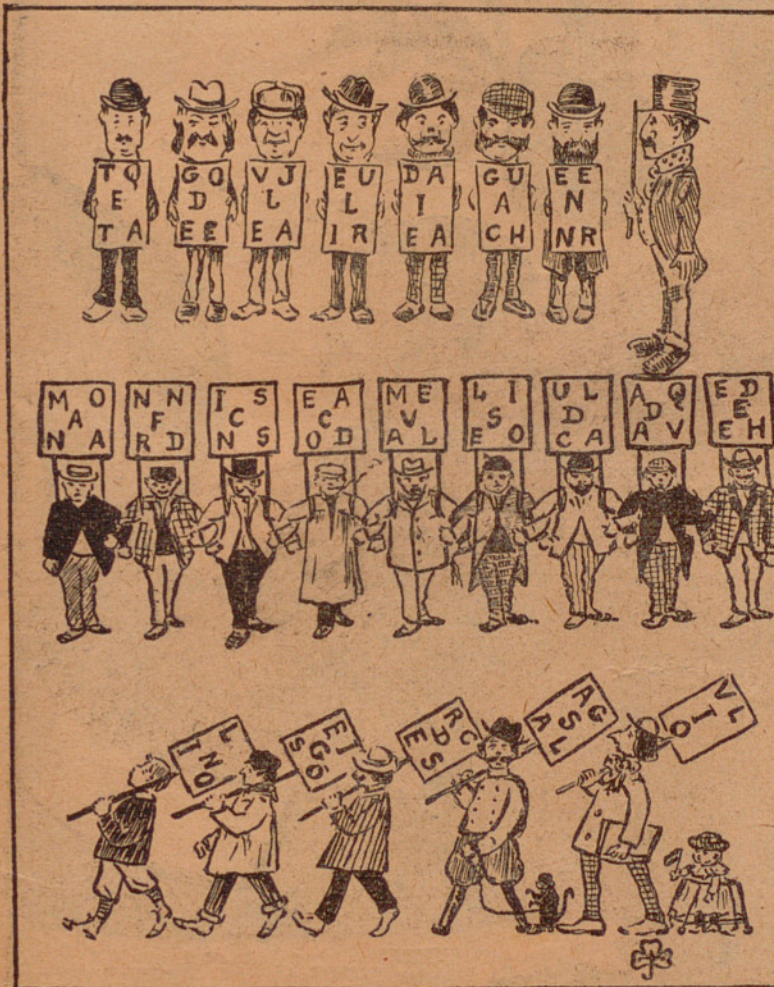
Primera cuarta, verbo;
segunda cuarta, verbo;
tercera cuarta, verbo;
todo, verbo.

JEROGLÍFICO (De Luisa Guarro Mas)

PROBLEMA



¿Cómo se las compondrá usted para dibujar esta figura de un solo trazo, sin levantar el lápiz y sin pasarlo dos veces por el mismo sitio?



SOLUCIONES

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 23 de Diciembre).

AL ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Elixir—Neurastenia—La Marsellesa

AL ANAGRAMA

Rape—Pera—Rapé

A LAS CHARADAS

Tomasa
Cuenca

Han remitido soluciones.— Al rompecabezas con premio de libros: Eugenia Lopez, Dolores Deig, Enriqueta Ortega, Teresa Blazquez, Isabel Figueras, A. Masferré, Baudilio Vidal, Antonio Roca Coll (Masnou), José Ruiz, Pablo Pi, Vicente Diaz, Luis Mestres, Juan Batet, José Franco, E. Ferrer Comas, Higinio García, Francisco de P. Carné, Tirso Baldrich Arañó, F. Mas Lleonsí (San Felú de Guixols), Agustín Astol, Juan Rafols Prat, Antonio Agulló, «Una suscritora de Gracia», Pedro Boliart y José Fernandez. Entre ellos se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

A el anagrama: José Fernandez.

A la charada segunda: Isabel Montserrat, Josefa Medina, Isabel Puig, Antonio Roca Coll, José Fernandez y «Un tranquil».

Combinense las letras que exhiben esos anunciadores ambulantes de manera que expresen el nombre y apellidos de un famoso escritor español, el de la poblacion donde nació, el título de su obra más renombrada y el nombre y apellidos de otro escritor que goza tambien de gran celebridad.

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

¿Cómo se explica—dicen algunos—que siendo el Agua de Colonia de Orive de clase tan superior se venda tan barata? Porque Orive es el 1.er fabricante en España; trabaja muy en grande; compra las 1.as materias como nadie en Europa, importándolas directamente de los puntos productores y profesa por añadidura el gran aforismo comercial: *más vale muchos pocos que pocos muchos*, con lo que presta un gran servicio a la Higiene y al bolsillo de sus clientes.

GRASA Superior
— para —
CARROS
MARCA EL PROGRESO



EL DILUVIO

(BRU
NET)

FELIZ
AÑO-NUEVO

SUPLEMENTO-ILUSTRADO-10CET